



**ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO**  
**CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS EUGENIO PUCCIARELLI**  
**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES**

---



**RICARDO MAILIANDI: LA ETICA EN LA FILOSOFIA ARGENTINA**

**Daniel López Salort**

Quizás el *Guernica* de Picasso y *El Grito* de Edward Munch nos sirvan para mostrarnos cómo el proceso inicial tras el mundo de los feudos culmina en la desorientación, el dolor y la muerte de muchas de las más preciadas convicciones humanas. En la tela de Picasso todo se fragmenta y quiebra: desde la perspectiva de

quien asiste a la escena hasta los elementos de la escena misma. Tiempo y espacio se rompen. El centro no es sostén sino dispersión. Nada está en el lugar esperable y en realidad no hay algo que podamos llamar "lugar". Por su parte, en la tela de Munch no conocemos quién grita, pero sabemos que puede ser uno de nosotros; no conocemos porqué se angustia pero sabemos que la desesperación ocupa la totalidad; no sabemos el *qué* ni el *cómo*, pero tenemos la profunda convicción de que algo terrible y monstruoso nos abarca a todos. Pero, si no nos alcanzaran esas obras, nos bastaría con lo sucedido en los campos de concentración de Auschwitz. El arte, indirectamente, también reclama en ocasiones un consenso ético.

El siglo XX y lo que va de este siglo XXI nos han mostrado una y otra vez que las propuestas éticas han quedado quebradas en su base en el sentido de que ya no podemos hablar de una ética universal y objetiva, independiente de quien la formula y aplica, independiente de la historia y el espacio en que se produce. Los *ethos* son como las lenguas: plurales, diversos, a veces antagónicos, con frecuencia muy distintos. El deseo filosófico de obrar conforme a fundamentos que correspondan a todos los hombres de cualquier cultura y en cualquier historia, ha sido acusado de agonizar lentamente o, quizás, bruscamente. Ha surgido hace ya muchos años el nihilismo de los valores o si se quiere decir de otra forma, la absoluta relatividad de los valores, y los principios. La llamada posmodernidad ha acentuado todo este discurrir, y no han faltado quienes llegaron a considerar que el acto filosófico es pura gramática que se autojustifica.

Sobre esta realidad es que se han erguido caminos de investigación y pensadores que han buscado no sólo una formulación teórica sino una aplicación práctica para que exista aunque fuere una mínima concordancia ética, pero concordancia al fin, en el cotidiano desenvolvimiento de las sociedades y del individuo mismo. La filosofía en nuestro país no ha estado ajena a este movimiento, y es la figura de Ricardo Maliandi la que lo sintetiza.

Formado primero en el pensamiento de habla inglesa a través de su profesor Risieri Frondizi, Maliandi, miembro también de nuestra Academia Nacional de Ciencias, ha trabajado luego en el pensamiento de habla alemana, entre otros aspectos, en dos centrales: las fundamentaciones que sostienen cada fundamento, y la organización de todos ellos. Pero no únicamente en la forma en que se estructuran en un andamiaje conceptual sino sobremanera en el modo en que se vehiculizan en su aplicación, tal como quedó expresamente mostrado en sus conversaciones con Gadamer y con Apel. En todos los conflictos donde la ética es el eje, no basta con la buena voluntad de las partes, si las hubiera, sino en los conceptos que sostienen las conductas y decisiones.

Maliandi sostiene su pensar comenzando con sus estudios sobre Scheler y Hartmann, en cuanto al contenido material de los valores. A lo que luego ha sumado la ética del discurso de Apel, buscando acercar las posiciones de unos y otros.

Otra de sus preocupaciones es también la oposición entre los postulados subjetivos y objetivos respecto a los valores éticos. Por eso, busca otro camino. Quiere un universalismo que supere lo individual, lo irracional, las diferencias. Maliandi resalta la doble dimensión de la razón, en el sentido que es fundamento pero a la vez también es crítica, en donde dicha razón lo que debe resaltar es el tono de la dialogicidad. Él mismo llama a sus propuestas con el título de una *Ética Convergente*, donde se recepta la formulación del contenido material de los valores a la vez que la ética del discurso, ambas vertientes que confluyen en su obra.

El carácter del conflicto no es negado pero sí requiere de una fundamentación fuerte y a priori para englobarlo y superarlo. Ese conflicto aparece en la contradicción entre universalidad e individualidad (conflictividad sincrónica) y en conservación-realización (conflictividad diacrónica). Estas características se presentan como polisémicas y ambiguas, requiriendo de una conciliación.

Si bien puede considerarse que su *Ética Convergente* es un apriorismo universal kantiano, acentúa sin embargo el carácter del conflicto siempre presente en la historia humana, lo que obliga a la bidimensionalidad de la razón para lograr una flexibilidad necesaria y, a la vez, no desea caer en el intuicionismo de Hartmann que siempre recurre a nuevas intuiciones para las resoluciones que aún no se han logrado. Se trata de eliminar los relativismos sin fin tanto en teoría como en la aplicación práctica de los valores, sabiendo, como él mismo lo ha expresado, que las situaciones nunca son las óptimas en los resultados. Si no se aplica esta dualidad positiva de la razón, se cae en la unilateralización de la misma, que es francamente negativa. La razón se encuentra entonces siempre en una circunstancia donde debe confiar en sí misma, y a la vez desconfiar de ella, para poder seguir buscando y encontrando las soluciones a los conflictos. El otro rostro a destacar es que para Maliandi no es necesario una fundación metafísica de la ética, ya que ella se sigue moviendo en el ámbito de la razón.

Es decir, los conflictos pueden resolverse, pero la conflictividad seguirá existiendo. Y dice claramente: "El pasaje brusco del absolutismo al relativismo (como del dogmatismo al escepticismo) es una constante en la historia del pensamiento, porque la mente humana tiende a creer que las alternativas son siempre entre todo o nada, entre blanco o negro. El dogmatismo (como el absolutismo) cree haberlo ya encontrado; el escepticismo (o el relativismo) cree que es imposible encontrar. Pero el resultado en ambos casos es el mismo: la renuncia a la búsqueda". Recuerda Maliandi a Apel, cuando éste reclama que ante cualquier conflicto de intereses se busque la solución por un discurso práctico, donde el intercambio dialógico de los argumentos esté dirigido a la obtención de un consenso. Pero, expresa Maliandi que para evitar los empirismos arbitrarios es necesario establecer principios a priori, lo que lleva a sugerir un pluriprincipialismo contra el relativismo imperante. Y aquí sus formulaciones para la

Ética se coronan con la decisión de que ante la complejidad de los conflictos éticos hay que evitar un funcionalismo que reduzca todo a un principalismo monista, y al mismo tiempo eludir un relativismo que renuncie a la sistematización y a la unificación de los criterios éticos. Tomar así un pluralismo de principios (no infinitos en número) que admita esos conflictos, y que son necesarios para las normas situacionales que se implementan. Se trata, como se ha dicho, de una Ética Convergente.

En palabras de Maliandi: “El hecho de que los principios no puedan (salvo excepciones) ser cumplidos de manera plena, no los relativiza ni los convierte en principios meramente ‘formales’. Sólo indica, a mi juicio, que tanto la aplicación concreta como el ‘cumplimiento’ (la ‘observancia’) pueden hacerse en forma gradual”. Ahí y así se corona lo que él ha llamado la Ética Convergente. Y además ésta ética está acompañada por una presunción de aplicabilidad. Si no hay fundamentos, los postulados son inválidos. Pero si no posibilidad de aplicación, son inertes. Aunque esas aplicaciones nunca sean las óptimas ni perfectas, siempre serán perfectibles, de cumplimientos parciales y continuos. El ideal de esta Ética Convergente es que los conflictos jamás podrán evitarse, lo contrario sería una actitud ingenua, pero sí es posible minimizarlos, para que sean lo menos grave.

Cómo no terminar estos breves párrafos con las palabras de Pucciarelli que bien memoriza Roberto Walton: “La originalidad de Maliandi se pone de manifiesto en el esfuerzo perseverante por abrir una senda allí donde otros se habían detenido”.

Es decir, camino impar ha sido y sigue siendo la ética del Ricardo Maliandi, en la filosofía argentina.